

El Presbítero "Forma del Rebaño" en la Comunidad Cristiana de América Latina

LA FIGURA, LA FORMACION Y LA ACCION PASTORAL DEL PRESBITERO EN AMERICA LATINA

Mons. Carmelo J. Giaquinta
Obispo Auxiliar de Viedma, Argentina.

I - América Latina

1. Cuando oigo decir "América Latina", me viene, casi instintivamente, la imagen de un Continente de multitudes.

¿Será porque nací en un suburbio de Buenos Aires que, cincuenta años después, ha quedado en plena metrópoli alejado de los nuevos suburbios por muchas decenas de kilómetros de cemento armado? ¿O porque desde la época de los estudios en el Colegio Pío Latino Americano escuchaba al Cardenal Piazza razonar sobre el previsible crecimiento demográfico del Continente y el proporcional decrecimiento de las vocaciones al ministerio sacerdotal? ¿O, quizá, porque me impresionó Caracas, con sus torres innumerables, y estoy viendo todavía allí al Padre Jesús, mostrándome el inmenso territorio de su Parroquia, con cierto aire de impotencia, como diciéndome "¿qué se puede hacer aquí para evangelizar?"

2. "América Latina", Continente de inmensidades. Y no me refiero a las distancias continentales, que pocos de nuestros presbíteros tienen ocasión de superar en Jet, sino a los kilómetros y kilómetros de esa otra América Latina menuda, que es cada una de nuestras diócesis, y que nuestros presbíteros llevan registrados en sus sentaderas, andándolos por caminos de asfalto o de tierra en un Renault provisto por la caridad magnífica de Adveniat.

3. "América Latina", la hemos cantado como el Continente del futuro, de la esperanza. Pero su nombre sugiere también un doloroso presente. Llamado a ser el Continente de la unidad, es un Continente desgarrado. Por fuera y por dentro de cada nación. Continente de Argentina y Chile, de Cuba y Centroamérica. Continente de gritos de liberación, frustrados casi siempre por una peor dictadura. Continente de Batista y de Fidel Castro, de Allende y de Pinochet, de los Montoneros y de la Junta Militar Argentina, de los Somoza y del Gobierno Sandinista.

4. Continente riquísimo, con todo el hierro, con todo el estaño, con todo el trigo, con todo el café, con todo el petróleo que se quiera. Continente despojado, esclavizado con una deuda externa de cientos de millones de dólares imposibles de pagar. Continente feraz que niega el pan a sus hijos que, cuando pueden, escapan a mendigarlo a Nueva Zelanda, a Australia o a la vieja Europa. No me olvidaré jamás del Padre José, mi antiguo profesor, bien uruguayo, párroco en un suburbio de Montevideo, que un día me confidenció: "A mi gente yo le aconsejo, con dolor, que, si pueden, se vayan. Porque aquí se mueren de hambre".

II - Crisis del Sentido Pastoral

5. Ante esta América Latina, aquí apenas bosquejada, está nuestro Presbítero. La misión que él debe cumplir en ella es precisa e imperiosa. La misma que Jesús encomendó a sus Apóstoles hace dos mil años. "Id y haced discípulos a todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que os he mandado" (Mt 28, 19-20).

Sin duda que el Presbítero latinoamericano ha cumplido, sustancialmente, y no pocas veces con alto grado de santidad, esa misión a lo largo de los cinco siglos de evangelización del Continente. No al acaso América Latina es hoy un Continente católico, por mucho que algunos se empeñen en negarlo, y a despecho de todo el esfuerzo de la anticultura para que América Latina abandone su fe.

Mas no imaginemos a nuestro Presbítero en actitud serenamente meditativa ante un mapa del Continente impreso a colores. El se halla inmerso en esa América Latina menuda, que es su propia tierra, su provincia, su inmenso territorio parroquial. Por lo mismo, si bien sabe que para acometer su misión, cuenta con una fuerza insospechada, que es el mismo poder señorial de Jesucristo y la seguridad de su presencia hasta el final de la historia (cfr. Mt 28, 18-20b), no deja de sentir punzantes aquellas marcas y heridas de América Latina. Se da, entonces, en él aquel drama aludido por Jesús: "el espíritu está pronto pero la carne es débil" (Mt 26,41). Y le surgen muchas preguntas: "¿Será posible, en el territorio inmenso y multitudinario de mi Parroquia, construir una Iglesia que sea como la Familia de Dios en esta comarca?". "¿De estos hombres desgarrados, peor que Tupac Amarú, habré de hacer una fraternidad eclesial que sea sacramento de unidad?". "¿O será, tal vez, que la hora de la liberación de América Latina pasa hoy por otro meridiano que por la Iglesia?". "¿Y, entonces, tiene sentido ser pastor en esta tierra?". "¿Y qué es, a la postre, ser pastor?".

6. Los cuestionamientos sacerdotales no tienen hoy los ribetes psicológicos o sociológicos que caracterizaron la crisis sacerdotal hace quince años. Pero ésta aún no ha llegado a su fin. En alguna medida es normal

que así sea. La pregunta que la Iglesia se hiciera a sí misma durante el Concilio, "Iglesia ¿qué dices de tí misma?", cuya respuesta fue esbozada entonces con los grandes documentos conciliares, fue respondida cabalmente sólo diez años más tarde, con el Sínodo de Obispos sobre la Evangelización, con la consecuente exhortación apostólica de Pablo VI, *Evangelii Nuntiandi*, y su concreción latinoamericana en Puebla. No es de extrañar, entonces, que la respuesta plena a la cuestión de la vida y ministerio de los Presbíteros aun tarde en llegar, aunque haya al respecto documentos conciliares señeros y tengamos el insistente y aleccionador magisterio de Juan Pablo II. Siempre las cuestiones que afectan la vida y trabajo de las personas concretas son más agudas y difíciles de responder que las que afectan a las instituciones tomadas en su globalidad.

7. Las preguntas que se hace cada uno de nuestros Presbíteros llevan, sin duda, el cuño de su temperamento, de su formación, de su edad, de su función pastoral específica, de la ubicación social y geográfica de la Comunidad cristiana que preside, de la composición y grado de homogeneidad del Presbiterio diocesano al que pertenece, etc. Será distinto el acento de la pregunta si la formula un joven sacerdote perteneciente al Presbiterio de una antigua Diócesis urbana, con numerosos miembros incardinados en la misma, que si la formula un Presbítero de edad mediana, extranjero, adscrito a una Prelatura, donde sus hermanos de Presbiterio son pocos y de edad, formación y proveniencia diversas.

8. A estas cuestiones, así matizadas, se agregan otras cuestiones paralelas, que no siempre se tiene el tiempo y la serenidad de precisar adecuadamente, las cuales vienen a añadir una cuota suplementaria de criticidad al cuestionamiento que se hacen nuestros Presbíteros.

A veces se las formula en forma antitética, impidiendo desde el comienzo toda solución feliz. Así: ¿pastoral kerigmática o pastoral sacramental? ¿Pastoral de conservación o pastoral misionera? ¿Parroquia o comunidades eclesiales de base? etc.

9. Está, además, la conflictividad propia de toda vida, también de la eclesial. Por ejemplo: ¿Cómo se inserta el clero regular en la pastoral diocesana? ¿En qué medida los movimientos espirituales o apostólicos, de origen y orientación extradiocesano, son compatibles con la unidad de la Iglesia local? ¿Cómo combinar la tradición y unidad pastoral con la experimentación en ese campo? Y miles de cuestiones más, que asedian a nuestros Presbíteros, auténticas unas, espurias otras, de origen local a veces, y otras muchas de proveniencia lejana, ofrecidas con sinceridad o impuestas con prepotencia.

10. Pero no sólo las preguntas formuladas a nivel conceptual cuestionan a los Presbíteros. El mismo ejercicio del ministerio pastoral es cuestionante.

Unas veces porque está bien realizado, pero choca con la libertad

del hombre, el cual es libre de aceptar o de rechazar el Evangelio. En ese caso es fácil que un Presbítero celoso se duela preguntándose "¿me he predicado a mí mismo o a Jesucristo?".

11. Otras veces porque se lo realiza con mediocridad, reduciéndoselo al cumplimiento formal de las normas establecidas, pero sin la calidez que merece el hombre para cuyo mejor servicio esas normas pastorales han sido dictadas.

12. O porque, sencillamente, se lo realiza mal. O, peor aún, porque no se tiene cabal idea del Proyecto Pastoral Fundamental para el cual Cristo instituyó la Iglesia. Ni se conoce el valor de los instrumentos pastorales que ella ha plasmado, a lo largo de los siglos, para viabilizar dicho proyecto. Ni se sabe distinguir entre cuáles de dichos instrumentos son absolutamente necesarios o muy convenientes, porque íntimamente ligados a la voluntad de Jesucristo, y entonces son imprescindibles e intocables, y cuáles, por el contrario, son circunstanciales, o sea relacionados a la forma de concreción de la Iglesia en una época o lugar, y pueden, por lo mismo, ser modificados, para el mayor bien de los hombres. Ni se tiene la prudencia para discernir cuáles son más indicados para promover la unidad de todas las Iglesias locales, y cuáles, por su parte, son para capacitar la vitalidad de cada una de ellas.

13. Tampoco se suele tener una perspectiva completa del camino pastoral a recorrer. No se conoce cuáles son su inicio, su meta, sus etapas, los tiempos de cada una de ellas, la interrelación y sucesión de esos tiempos y etapas, su progresividad, los peligros que acechan, los remedios a aplicar.

Esta falta de perspectiva pastoral es dramática para el pueblo de Dios. Podría éste contar con muchísimos más sacerdotes, pero de no superarse esta falta de perspectiva pastoral, el Pueblo de Dios se sentirá tanto o más huérfano que ahora. Amén de que todo esto crea situaciones absurdas. Un Presbítero puede así pretender cosechar lo que todavía no aró ni sembró. O bien puede ponerse a arar donde otro acaba de sembrar. Lo cual, si es doloroso en cualquier Iglesia, en la latinoamericana, vista su pobreza de recursos personales, constituye un despilfarro intolerable.

14. ¿No será esta falta de comprensión de todo lo que implica la obra pastoral una de las causas de la seducción que las sectas ejercen sobre los fieles? Y el auge de movimientos espirituales y apostólicos para-parroquiales y extradiocesanos, con frecuencia reacios a la conducción pastoral del Obispo local, ¿no se explicaría, en buena medida, por este vacío de conducción pastoral, tanto a nivel parroquial cuanto a nivel diocesano.

Nadie pretenda que tamaña ausencia de sentido pastoral se encuentre sólo entre Presbíteros latinoamericanos. Se da, y a veces en mayor grado, en Iglesias antiguas que veneran la memoria de Pastores canonizados. Pero aquí hablamos de nuestro Presbítero y para él.

15. Para completar el cuadro negativo de la Pastoral, de ella pueden encontrarse todavía ideas muy burdas. Como si "pastoral" fuese sinónimo de irracional, de antiintelectual, de informal, reduciendo ese arte eximio a un experimentalismo sin ton ni son, olvidando el respeto que merece cada ser humano, por quien Cristo murió.

Con harta frecuencia se procede en Pastoral por impulsos emocionales, por simple intuiciones nunca objetivadas. También por modas. Todos estos son malos remedios para sacudir la inercia o superar la ignorancia en este arte. Se pretende, por ejemplo, balbucear una evangelización que se muestre atenta a la Doctrina Social de la Iglesia, pero se desconoce el "abc" de la kerigmática, de la catequética y de la homilética. Es casi fatal que tal Presbítero caiga en la tentación de ideologizar el Evangelio, con la consecuente amargura de sentir que ha vuelto inocuo el mensaje cristiano y defraudado a la gente. Otras veces se buscan empeñosamente recursos pastorales nuevos o extraordinarios, sin que se sepa bien qué se pretende con ellos, mientras se desconoce por otra parte, la existencia del instrumental pastoral ordinario, a mano, probado, de fácil manejo, eficazísimo. Para poner un ejemplo que hasta pudiere parecer ridículo ¿cuántos reconocen el valor pastoral de la lectura bíblica bien proclamada domingo a domingo en nuestros templos parroquiales? Posiblemente valga mucho más que una gran misión mal programada.

16. Por lo demás, es de advertir que la acción pastoral está hoy amenazada, como todo el quehacer humano, por la mentalidad o cultura fabril del hombre occidental. Este proyecta su industria fríamente, en vista de los menores costos y mayor ganancia. Para ello idea procesos siempre más rápidos y económicos; prevé, busca, cambia, tira, innova, suprime a gusto. La tecnología lo puede todo. ¿Por qué no ha de poderse, entonces, todo en la Pastoral?

III - A la Búsqueda del Sentido Pastoral

17. Al señalar la ausencia, a veces crasa, de sentido pastoral, o, si se prefiere, de instinto pastoral, hemos tocado el punto más álgido de la llamada crisis sacerdotal, y consecuentemente, estamos apuntando al peligro más serio que atenta contra la evangelización del Continente. Nuestra visión crítica mira a poner la resolución del problema en el cultivo del instinto pastoral. Gracias a él el Presbítero sabe, de la nada eclesial de un grupo humano, multitudinario y desgarrado, plasmar una comunidad cristiana, en particular la parroquial, y llevaría gradualmente a la perfección de la fe y de la caridad, de modo que ésta sea, cada día más, familia de Dios, fraternidad misionera, taller donde se forje la civilización del amor. Armado de tal instinto sobrenatural, el Presbítero, aunque no quedará nunca inmune de tentaciones, habrá superado la más terrible de todas: saber quién es él y cuál la misión que debe cumplir y cómo. Por otra

parte, en la identidad profundizada del Presbítero-Pastor, la comunidad cristiana reencontrará, no sólo su identidad en medio del mundo, sino un impulso misionero renovado para realizar las obras propias de la evangelización en estas vísperas del siglo XXI.

18. ¿Existen caminos para desarrollar tal instinto pastoral?

Creemos que en la conducción pastoral del Obispo diocesano es donde, en primer lugar, el Presbítero tiene derecho a encontrar el arquetipo próximo de su propia misión pastoral. Para ello tal conducción habrá de concretarse en una acción pastoral directa, coherente, programada. No, que pretendamos reducir al Obispo diocesano a una especie de super-párroco, ni que queramos eximirlo de sus responsabilidades para con todas las Iglesias (cfr. 2 Co 11,28). Pero desde que los últimos Papas, a pesar de la carga creciente de su función primacial, dedican largas horas a la Catequesis semanal, a la administración de todos los sacramentos, a las visitas pastorales de las Parroquias romanas, los Obispos no tenemos muchas excusas para no llevar adelante una acción pastoral directamente encaminada a la plasmación y perfeccionamiento de la comunidad cristiana, que sea, a la vez, impulsora y coordinadora de toda otra acción pastoral desarrollada por los Presbíteros. Pero no vamos a detenernos en estudiar aquí la misión del Obispo diocesano y su repercusión en la formación de su Presbiterio y de la Iglesia local.

19. Los Seminarios Mayores, por su parte, tienen también mucho qué ver con el desarrollo del mencionado sentido o instinto pastoral. Al respecto el Concilio ha hablado con claridad. El criterio fundamental de la organización de los Seminarios Mayores ha de ser "la pastoralidad". O sea que su finalidad es elegir, formar y promover al sacramento del Orden sagrado a sujetos capaces de ser y de actuar como pastores en medio del Pueblo de Dios. Toda la inspiración y organización de la vida del Seminario debe, por tanto, tender a ello.

El Seminario Mayor ha de ser como un verdadero seno materno en el cual el futuro Presbítero vaya desarrollando un cuasi instinto sobrenatural para actuar siempre como pastor. O, si se prefiere, ha de ser una especie de Catecumenado, prolijamente organizado, que por etapas sucesivas y ascendentes, señaladas incluso con signos sacramentales, vaya conduciendo al seminarista a la recepción del sacramento del Orden. O, tal vez, todavía mejor, es como la Iglesia concreta, erigida por el Obispo diocesano, en la que el seminarista hace su experiencia eclesial más profunda en vista del ministerio pastoral. En ella, en efecto, el seminarista, unido a sus demás hermanos, crece en su conciencia de hombre pecador, se siente necesitado del cuidado pastoral de la Iglesia y opta por ser más radicalmente discípulo de Jesucristo. Y así se prepara para ser entre sus hermanos los hombres, en nombre de Jesucristo, maestro, sacerdote y pastor.

20. Por cierto que este Congreso es una ocasión magnífica para

analizar, en intercambio fraterno, cuanto han progresado nuestros Seminarios en esta línea siguiendo los postulados del decreto conciliar *Optatam Totius* y de toda la reforma conciliar (cfr. Giaquinta, C., El Seminario del Concilio Vaticano II. Un Seminario para formar pastores; inédito).

IV - El Proyecto Pastoral Fundamental de Jesucristo

21. El desarrollo del instinto pastoral supone, sin embargo, mucho más que la posibilidad de referencia a la acción pastoral paradigmática del propio Obispo diocesano y a la formación impartida en los Seminarios Mayores. Reclama la recuperación de toda la tradición pastoral de la Iglesia. Y no sólo a nivel histórico-teórico, sino a nivel de experiencia personal y eclesial. Todo lo que somos como cristianos, a nivel personal y comunitario, lo somos gracias, por cierto, al Espíritu que anima siempre a la Iglesia del Señor, pero gracias, también, a todo lo que hicieron y nos transmitieron los que nos antecedieron en la predicación del Evangelio: el Obispo que nos impuso las manos; el Cura del pueblo que nos dió la Primera Comunión y que antes nos bautizó, y todavía antes casó a nuestros padres; los sacerdotes y prelados que, en el siglo pasado, vieron constituirse nuestras naciones; aquellos otros que, desde el 1500, edificaron en América Latina nuestras iglesias diocesanas y multiplicaron las Parroquias. Y también, aunque no podamos tener memoria vivencial de ello, los Obispos y sacerdotes de la España de los Reyes Católicos, de la España visigótica, hasta llegar a aquella España en la que no había Obispos y sacerdotes y que el Apóstol San Pablo soñó en evangelizar (cfr. Rm 15,28). Y por él nos remontamos al mismo Señor Jesucristo, "el apóstol y sumo sacerdote de nuestra fe" (Hb 3,1), quien hoy, lo mismo que a los Doce Apóstoles ayer, nos envía a esta América Latina como el Padre lo envió a él (cfr. Jn 17,18; 20,21).

22. De hecho no hay ningún Proyecto Pastoral que no necesite remontarse a estos orígenes, más que históricos, teológicos. Pero en el caso de nuestra América Latina, en vísperas del tercer milenio y a punto de celebrar los 500 años de evangelización del Continente, ello es del todo necesario. En primer lugar, por la urgencia de mayor conversión al Proyecto Fundamental de Jesucristo. En segundo lugar, porque no faltan falsos proyectos o antiproyectos, como lo advirtió Juan Pablo II al inaugurar la Conferencia Episcopal de Puebla (Discurso Inaugural, 1,6-8; cfr. Documento de Puebla 262-265). En efecto, para señalar hoy sólo el más grave, el proyecto, o, mejor dicho, el antiproyecto de "Iglesia-Popular" es contrario al Proyecto "Iglesia-Pueblo de Dios" propuesto por la constitución conciliar *Lumen Gentium* (cfr. Cap. II), pues se basa en una cristología y eclesiología de color arriano, que se inspiran más del protestantismo liberal del siglo pasado y del marxismo del presente, que del Nuevo Testamento y de la tradición católica.

23. Creemos oportuno hacer aquí una pregunta que, aunque de tono ingenuo, nos parece capital: ¿qué sentirá Jesucristo ante nuestra América Latina? Seguramente que él, como nadie, siente, asume e interpreta sus muchedumbres, sus inmensidades, sus desgarramientos, sus despojos. El evangelista San Mateo pareciera haber estado pensando en ello cuando pintó a Jesús, andariego, que un día se detuvo a contemplar la multitud que lo buscaba ansiosa. "Y al ver a la muchedumbre sintió compasión de ella, porque estaban vejados y abatidos como ovejas que no tienen pastor" (Mt 9,36).

24. Ninguna de las dos cosas pareciera gozar de mucho favor en el mundo moderno. Ni la muchedumbre, ni la compasión. ¿Y en la Pastoral moderna?

No goza de favor la muchedumbre porque los hombres hoy son demasiados. Y los demasiados ponen en peligro la calidad de vida lograda por los pocos hombres de éxito. Mejor, entonces, que "vayamos haciéndonos menos", como rezaba la campaña mexicana de birth control. Y, sobre todo, porque el hombre en medio de la muchedumbre, es siempre una porquería. Allí pierde su individualidad, se vuelve un animal gregario, pronto para que asome en él el enano fascista agazapado adentro. Hasta la misma fe se desvirtúa en el hombre multitudinario, y se vuelve fanatismo, ritualismo. "¡Esa gente que no conoce la Ley son unos malditos!" (Jn 7,49).

25. Tampoco, en nuestro mundo, goza de favor la compasión. Ese es un sentimiento arcaico, que no condice con la ley superior de la selección natural de los mejores, llamados a asegurar la supervivencia y el progreso de la humanidad.

A Un Proyecto Pastoral para salvar a todos

26. Sin embargo, aunque no condiga para nada con la mentalidad ambiental, el Evangelio insiste, una y otra vez, en pintar a Jesús, ante la muchedumbre y lleno de compasión hacia ella (Ver Mt 14,14; 15,32; Mc 6,34; 8,2).

27. En esta tesitura de Jesús podemos vislumbrar todo lo que él quiere, todo su Proyecto Pastoral, todo su estilo de llevarlo adelante.

Quiere congregar a los hombres. "¿Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollos bajo las alas" (Mt 23,37). Y lo quiere en grado superlativo. "Quiero que donde yo esté estén también conmigo, para que contemplen mi gloria" (Jn 17,24).

28. Nadie escapa a la mirada pastoral de Jesús. "También tengo otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que conducir, y escucharán mi voz; y habrá un solo rebaño y un solo pastor" (Jn 10,16). Su mirada pastoral coincide con la de Dios Padre. Este no quiere que

nadie, absolutamente nadie, se pierda. "No es voluntad de vuestro Padre Celestial que se pierda uno solo de estos pequeños" (Mt 18,14). Más. "Quiere que todos los hombres se salven, lleguen al conocimiento pleno de la verdad" (1 Tim 2,4) y alcancen la resurrección definitiva (cfr. Jn 6,39). Por ello es que Dios "usa de paciencia... no queriendo que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión" (2 Pe 3,9).

29. El Proyecto Pastoral Fundamental de Jesús es maravilloso, pero arduo. En primer lugar, por la situación desesperada en la que se encuentra la humanidad. "Ancha es la entrada y espacioso el camino que lleva a la perdición y son muchos los que entran por ella" (Mt 7,13). La humanidad se halla, en verdad, como una oveja perdida (cfr. Mt 18, 12, 14; Lc 15,4-7).

30. En segundo lugar, es arduo por el estilo de implementación elegido por Jesús para llevarlo a cabo. Prefirió ser constituido "el primogénito entre la muchedumbre de hermanos" (Rm 8,29), que estaban todos muertos por el pecado (cfr. Rom 5,15.19) y poder así arriesgar por ellos una búsqueda misericordiosa que le costó la vida (cfr. Jn 10,11.15.17-18); Mt 20,28; Mc 10,45) hasta derramar su sangre (cfr. Mt 26,28; Mc 14,24; Hb 12,3-11).

31. Como podemos fácilmente advertir, para Jesús la muchedumbre humana no es para nada despreciable. Al contrario. La adquirió a alto precio para sí (cfr. 1 Pe 1,19; Ap 5,9). Ella es el objeto ineludible de su Proyecto. Muchedumbre que, por lo demás, no es ningún conjunto amorfo. "A sus ovejas las llama una por una" (Jn 10,3). Entre cien es capaz de advertir a una que se ha extraviado. Y por esa sola es capaz de emprender azarosa búsqueda. "Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa convoca a los amigos y vecinos, y les dice: 'Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido'" (Lc 15,5-6). O sea que Jesucristo ama a la muchedumbre humana, pero no, por así decir, al montón, genéricamente, sino a todos y a uno por uno como si fuese el único. "Me amó y se entregó a sí mismo por mí" (Ga 2,20).

B *Un Proyecto realizado con amor misericordioso*

32. La muchedumbre de los hombres, por otra parte, no agota el amor de Jesucristo. Al contrario. Cuantos más hermanos tiene, y más indigentes son, más adecúa a ellos la expresión de su benevolencia. "Misericordia quiero, que no sacrificios" (Mt 9,13; 12,7). Misericordia que no es puro sentimiento visceral, sino un movimiento del corazón que impulsa a regalarse a sí mismo al prójimo, asumir sobre sí su miseria (miseri-cordia) y realizar obras acordes a tal fin. Si leemos atentamente los Evangelios, advertiremos que nunca se habla de la compasión de Jesús sin que se acote la obra de misericordia correspondiente con la cual él subsanaba la miseria humana. Así aparece en todos los pasajes bíblicos.

"Y al ver a la muchedumbre, sintió compasión de ella... Rogad

al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies" (Mt 9,36-38).

"Al desembarcar, vio mucha gente, sintió compasión de ellos y curó a sus enfermos" (Mt 14,14).

"...Y se puso a enseñarles muchas cosas" (Mc 6,34).

"Siento compasión de la gente... No quiero despedirlos en ayunas, no sea que desfallezcan en el camino" (Mt 15,32; Mc 8,2; ver también Mt 20,34; Mc 1,41; 9,22; Lc 7,13).

33. La compasión es parte del estilo de Jesús de actuar su Proyecto Pastoral. Y como tal es elemento esencial del mismo. El no separa nunca la obra que hace de cómo la hace. Es tan intrínseca a su Proyecto, que cuando él se pintó a sí mismo cumpliendo su propósito de venir en búsqueda del hombre perdido, no descuidó de agregar esta actitud. El padre compasivo que sale al encuentro del hijo perdido es el mismo Jesús (cfr. Lc 15,20).

34. Y hablando de la compasión como actitud pastoral fundamental, ¿no habrá que ver lecciones sobre ella dadas por Jesús a la Iglesia, en particular a los Pastores, en las parábolas del rey compasivo y del siervo sin piedad (cfr. Mt 18,27.32), y, sobre todo, en la parábola del Buen Samaritano? (cfr. Lc 10,33). En la primera, en efecto, Simón Pedro pretende poner límites al perdón hacia el hermano que pecó. En la segunda, son los hombres dedicados al ministerio del culto divino los que se muestran faltos de piedad hacia el hombre caído.

C *Un Proyecto por etapas sucesivas*

35. El Proyecto Pastoral Fundamental de Jesucristo, que lo hemos vislumbrado en su actitud compasiva frente a la muchedumbre humana, él lo explicitó a lo largo de su ministerio y organizó a su Iglesia para que ella lo ejecutara a través de los siglos. Ese Proyecto se lo llama en los Evangelios "el Reino de los Cielos", o "el Reino de Dios", o simplemente "el Reino". Expresándolo con lenguaje moderno, podemos decir que el Reino de Dios es todo el proceso ideado por Jesús y encomendado a la Iglesia, por el cual el hombre, persona y comunidad, se va abriendo progresivamente a la presencia soberana e invadente de Dios, hasta el día en que Cristo "entregue a Dios Padre el Reino... para que Dios sea todo en todo" (1 Co 15,24.28).

36. Este Reino de Dios tiene etapas diversas: de preparación, de instauración y de culminación.

Juan Bautista es quien lo preanuncia y prepara (cfr. Mt 3,2). El mismo Jesús se presentó al comienzo prosiguiendo esa etapa preparatoria (cfr. Mt 1,15; Mt 4,17). Igual hicieron los apóstoles y los setenta y dos discípulos hasta la primera misión (cfr. Mt 10,7; Lc 10,9.11).

La instauración del Reino en esta tierra dura toda la historia, desde

la mañana del Evangelio hasta el atardecer de la humanidad (cfr. Mt 20,1). Se lo hace con un estilo distinto al de como los hombres inician sus empresas. "El Reino de Dios viene sin dejarse sentir... porque... ya está entre vosotros" (Lc 17,20-21). La comprobación de que ya está presente en el mundo la dan las obras salvíficas realizadas por Jesús (cfr. Mt 12,28; Lc 11,20). Un día será la culminación del Reino, pero no ya en esta historia, sino en la patria del Cielo, en la Pascua definitiva (cfr. Mt 26,29; Mc 14,25; Lc 22,16.18.29-30).

37. El Reino de Dios "no es de este mundo" (Jn 18,36). Pero se inaugura en este mundo. Y por lo mismo puede sufrir la seducción de los criterios e intereses mundanos. Como cuando los judíos quisieron tomar a Jesús por la fuerza para hacerlo rey (cfr. Jn 6,15; cfr. Hch 1,6). El Reino de Dios no es una liberación fantasiosa que pueda aparecer de pronto como por arte de magia (cfr. Lc 19,11). Es un don de Dios, que se ha de implorar en la oración (cfr. Mt 6,10; Lc 11,2). Pero su inauguración exige el esfuerzo del hombre (cfr. Mt 11,12; Lc 16,16), y requiere estar bien despiertos (cfr. Mt 25,1).

38. El Reino es como una siembra que, para obtener un buen rendimiento, debe ser bien hecha: elegir la semilla, limpiar el terreno de piedras y malezas, roturar, sembrar (cfr. Mt 13,19.24).

Es como una gran ocasión para un negocio redondo, con créditos favorabilísimos y plazo suficiente, pero que debe ser aprovechada con ingenio y esfuerzo para que uno pueda hacerse de una fortuna propia (cfr. Lc 19,11-26; Mt 25,14-30).

Es como una semilla pequeña, pujante de vitalidad, a la que Dios dará un crecimiento extraordinario (cfr. Mc 4,26-28; 1 Co 3,6-9), pero que espera que el campesino la esconda en el surco (cfr. Mt 13,31-32; Mc 4,30-32; Lc 13,18-19; Jn 12,24).

Es como una cucharada de levadura, que necesita que la mujer la mezcle con toda la masa (cfr. Mt 13,33; Lc 13,20).

D *Un Proyecto paciente*

39. La inauguración del Reino de Dios en la tierra no está circunscrita a ninguna frontera. Si bien la etapa de preparación estaba reservada a las ovejas perdidas de Israel (cfr. Mt 10,5-7; 15,24) la etapa de inauguración tiene por escenario todo el mundo y solicita la adhesión de todos los hombres, por malvados que sean. Jesús no titubeó en comparar la inauguración del Reino a la celebración de unas bodas excepcionales, en las que se sirve un banquete cuyos invitados son todos los hombres, buenos y malos (cfr. Mt 22,2-10).

40. Para nuestra mentalidad tentada de sectarismo, la presencia de los malos en el Reino es siempre ocasión de escándalo. Jesús aludió a

esa situación con la parábola del trigo y la cizaña (cfr. Mt 13,24-30), y con la de la red que barre peces buenos y malos (cfr. Mt 13,47-50). La razón es, sin duda, la paciencia de Dios, que "no quiere que algunos perezcan, sino que todos lleguen a la conversión" (2 Pe 3,9). El divino agricultor calcula que una higuera estéril, cuidada con esmero, pueda volver a dar fruto. Ya habrá tiempo para arrancarla (cfr. Lc 13,6-9).

41. Valdría la pena preguntarse aquí por qué en la Teología y en la Pastoral modernas se silencia tanto todo lo relativo al pecado, a su realidad misteriosa, a la predilección de Jesús por el hombre pecador, a su obra redentora. Sin embargo, la revelación bíblica es clarísima e insistente sobre ello. Nos animamos a decir que es la realidad sobre la que más insiste. De modo que silenciar el misterio del pecado es callar una buena parte del Evangelio. Es condenarse a no entender nada del misterio de Jesucristo.

Sin aceptar, por la fe, la realidad misteriosa del pecado no se puede tener una visión teológica de la historia y de la situación del hombre de hoy. Porque "están todos bajo el pecado" (Rm 3,10; cfr. 3,23; 5,12.14.19; Ga 3,22; Jn 8,7; 1 Jn 1,8.10). Si no la admitimos, no entendemos el nombre de Jesús (cfr. Mt 1,21), no tienen sentido sus obras (cfr. Mt 9,2-8; Mc 2,3-12; Lc 5,18-26; Mt 9,10-13; Mc 2,15-17; Lc 5,29-32; Mt 11,19; Lc 7,34; 7,37-50; 15,1-32; 19,2-10; Jn 5,14; 8,3-11), no podemos comprender el por qué de su venida al mundo y de su muerte (cfr. Mt 26,28; Jn 1,29; Hch 5,31; 10,43; 13,38; 22,16; 26,18; Rm 5,8; 8,2; 2 Co 5,21; Col 1,14; Hb 1,13; 2,17; 9,26.28; 10,12; 1 Pe 2,24; 3,18; 1 Jn 1,7; 2,1; 3,5; 4,10; Ap 1,5).

Sin la comprensión del pecado, se vuelve mudo el enunciado fundamental de la obra pastoral de los Apóstoles. "Porque os transmití, en primer lugar, lo que a mi vez recibí: que Cristo murió por nuestros pecados" (1 Co 15,3). Y, por lo mismo, se torna imposible la conversión del hombre a Cristo, "que se entregó a sí mismo por nuestros pecados" (Ga 1,4). No fue otra la verdad que a Saulo el perseguidor lo transformó en el gran apóstol Pablo. "Cierta y digna de ser aceptada por todos esta afirmación: Cristo Jesús vino al mundo a salvar a los pecadores; y el primero de ellos soy yo" (1 Tm 1,15).

Sin esa comprensión, se paralizaría toda la acción pastoral de la Iglesia (cfr. Jn 20,23; Mt 18,15-18; Lc 17,3-4). Pues si la Iglesia no organizase su obra pastoral en vista de predicar en nombre de Jesucristo "la conversión para perdón de los pecados a todas las naciones" (Lc 24,47) ¿qué tipo de pastoral estaría haciendo? ¿No será este silencio una de las causas capitales de la aparición de lo que llamamos arriba "anti-proyectos" pastorales denunciados por Juan Pablo II? Es urgente que en esta hora la Iglesia latinoamericana profundice sus opciones pastorales, tanto las decididas en Puebla, cuanto las dispuestas por cada uno de los

Episcopados, partiendo de esta opción fundamental de Jesucristo: el rescate del hombre pecador.

E Un Proyecto que espera la respuesta del hombre

42. Toda la obra pastoral de Jesús fue un adecuarse a la debilidad del hombre pecador para suscitar en éste aquella fortaleza que lo ayudase a levantarse de su miseria moral y a caminar una vida nueva. El esfuerzo pastoral de Jesús era, así, la garantía de que el pecador podría a su vez esforzarse y responder a la invitación a ingresar en el Reino, con una fuerza y libertad nuevas, que el hombre desconocía cuando estaba muerto en el pecado. O sea que la obra pastoral de Jesús fue un trabajar para dar gratuitamente a todos los hombres el don de Dios; pero fue, también, un suscitar la cooperación del hombre para recibir esa gracia. De modo que todo fuese don gratuito de Dios, y todo fuese también, a su manera, obra libre del hombre.

Volviendo a la parábola del Reino donde este es comparado con un gran convite de bodas (Mt 22,1-4), en ella vemos que el rey y su hijo —el Padre y Jesucristo— hacen todo: preparan las bodas, cursan las invitaciones, ofrecen el traje de fiesta (está sobreentendido), realizan la celebración. Pero es preciso que los hombres acepten la invitación, se vistan de fiesta, entren en la sala y se mantengan en alegría. ¡Hay de aquel que pensase que la aceptación de la invitación no le exige vestir traje de fiesta, es decir, un serio compromiso de conversión! (cfr. Mt 22,11-14).

43. La invitación universal a las bodas del Reino, le requirió a Jesús no poco trabajo. De obras y palabras. En particular, el pregón de esa gran noticia, es decir, el anuncio del Evangelio. De hecho, Jesús se pasó su vida, desde el día de su bautismo por Juan, predicándolo (cfr. Mt 4,23; 9,35; Lc 4,43; 8,1; 9,11; Hch 1,3). Lo mismo hicieron después los Apóstoles (cfr. Mt 24,14; Lc 9,2; Hch 8,12; 19,8; 20,25; 28,23-31).

Para esta predicación del Reino, Jesús aprovechaba cualquier circunstancia: una recorrida por los pueblos de Galilea, un paseo junto al lago, la entrada en una sinagoga. Y lo hacía de muchas maneras, especialmente con parábolas adecuadas a la inteligencia de la gente (cfr. Mc 4,33), que luego explicaba detenidamente a los discípulos más íntimos (cfr. Mc 4,34).

44. Jesús predicaba el Reino de manera tal que la verdad expuesta moviese directamente a la conversión del corazón. Señalaba, por lo mismo, las actitudes del alma que entorpecen esa conversión. Por ejemplo: —la autosuficiente o creencia en la propia santidad (cfr. Mt 5,20; 8,11-12; 21,31-43; Lc 13,28-29);

— la angustia por el mañana (cfr. Mt 6,33; Lc 12,31);

— el apego a las riquezas (cfr. Mt 19,23-24; Mc 10,23-25; Lc 18,24-25).

45. Para poder ingresar en el Reino, Jesús inculcaba una postura de niños; o sea, volverse hombres sin malicia, abiertos para recibir de Dios con prontitud el regalo de su gracia (cfr. Mt 18,13-4; 19,14; Mc 10,14-15; Lc 18,16-17; 12-32). Incluso le enseñó al senador Nicodemo que era preciso nacer de nuevo, con un nacimiento inefable, en el agua por obra del Espíritu Santo (cfr. Jn 3,35).

En orden a este renacimiento espiritual, Jesús guiaba a su discípulo a pasar por una muerte espiritual. Requería de él una abjuración de toda maldad vivida en el pasado. "Si tu ojo te es ocasión de pecado, sácatelo. Más vale que entres con un solo ojo en el Reino de Dios que, con los dos ojos, ser arrojado a la gehenna" (Mc 9,47; cfr. 1 Co 6,9-10; 15,50; Ga 5,21; Ef 5,5).

46. Pero, preciso es decirlo, el ingreso al Reino Jesús nunca lo imaginó como la adscripción a una secta de selectos, sometidos a un camino esotérico de iniciación. Siendo él el Santo, a quien nadie puede echar en cara pecado (cfr. Jn 8,46; 1 Jn 35; Hb 7,26-28; 1 Pe 1,19; 2,22), vivió como un hombre común, que comía y bebía (cfr. Mt 11,19; Lc 7,34). Y así imaginó a los hijos del Reino. Incluso quiso que pagasen los primeros sus impuestos a los reyes de esta tierra (cfr. Mt 17,24-27).

Ninguna pastoral más opuesta a la de Jesús que la de los fariseos. "Cerráis a los hombres el Reino de los Cielos. Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar... Recorréis mar y tierra para hacer un prosélito, y cuando llega a serlo, le hacéis hijo de condenación el doble que vosotros" (Mt 23,13-15).

Como vimos arriba, la pastoral de Jesús se dirige a todos, sin exclusión. "Muchos son llamados" (Mt 22,14; 20,16). Si alguno queda excluido, es por libre rechazo de su invitación generosa. Es eso lo que significa que "son pocos escogidos" (Mt 22,14). Y no ya la invención de un camino complicado que, por su naturaleza, lleve a la autocomplacencia farisaica (cfr. Lc 18,11-13) y sea como un yugo colgado al cuello de los discípulos de Cristo, "que ni nuestros padres ni nosotros pudimos sobrellevar" (Hch 15,10).

F *Un Proyecto que requiere colaboradores*

47. Cuando Jesús comenzó a predicar la proximidad del Reino y quiso implementar su instauración en este mundo, entre las primeras decisiones pastorales que tomó —y lo hizo frente a la muchedumbre que lo buscaba—, fueron: hacer orar a Dios para que envíe obreros a su cosecha (cfr. Mt 9,35-38), elegir a los primeros apóstoles y enviarlos a predicar el Reino (cfr. Mt 10,1-10; Lc 9,1-2).

Jesús preparó especialmente a estos colaboradores suyos, explicándoles detenidamente su doctrina (cfr. Mc 4,34; Hch 1,3), exhortándolos a dedicarse al Reino sin cálculos humanos ni reticencias (cfr. Lc 9,60.62),

desnudando consideraciones mundanas ocultas en el corazón de ellos (cfr. Mt 20,21), enseñándoles a renunciar por él incluso a formar una familia en la tierra (cfr. Mt 19,12), asegurándoles un premio especialísimo en el Reino consumado (cfr. Lc 22,29-30).

Si bien es legítimo entender que el Reino es más amplio que la Iglesia visible que Jesús funda sobre Simón Pedro, ella es el instrumento insustituible para su instauración en este mundo. Y Simón, por su parte, el custodio de sus llaves. "Tú eres Piedra... a tí te daré las llaves del Reino de los Cielos" (Mt 16,18-19).

Solamente a quien no entendiese la situación de debilidad en que se encuentra el hombre, le podrá llamar la atención el estilo humano con que Jesús se acerca al hombre para salvarlo. Le escandalizará, por lo mismo, que Jesús requiera para ello la colaboración de otros hombres, como es dable observar en ciertas eclesiologías denunciadas en Puebla. Pero el Evangelio es explícito al respecto. Las obras que Jesús hace, las realiza asociando a ellas a sus Apóstoles. Así, por ejemplo, cuando Jesús multiplicó los panes para la muchedumbre, simbolizando de esa manera en forma de drama la invitación que él hacía a todos los hombres para participar del Convite universal de sus bodas con la humanidad (cfr. Mt 22,1-10), lo hizo requiriendo la colaboración de sus Apóstoles. "Partiendo los panes, se los dio a los discípulos y los discípulos a la gente" (Mt 15,19; cfr. Mt 15,36; Mc 6,41; 8,7; Lc 9,16; cfr. Jn 6,5-13).